

te de la magestad de los Césares , y plantar la cruz sobre las ruinas de todos los templos y de todos los cultos del universo. No insulta los simulacros , ni declama con dureza contra los insensatos que se postran ante la *obra de la mano de los hombres*; antes bien lo conduce todo con aquella suavidad que distingue al verdadero sabio, procediendo siempre sin violencia ni precipitacion en su enseñanza; y como la prudencia y discrecion le proporcionan las ocasiones de ser escuchado favorablemente, una inscripcion grabada en un altar le ofrece materia para una instruccion llena de energía y de nobleza. Para aprovechar las mismas preocupaciones, y para interesar á los idólatras en la doctrina que les anuncia, aduce en testimonio los escritos de sus poetas, y parece no se propone otra cosa si-

no reducirlos al verdadero sentido de sus tradiciones. Con igual sabiduría se conduce con los judíos, partiendo siempre de lo que hay de mas venerado en su nacion; y Abraan, Moises, los Patriarcas y los Profetas son los que por su boca atestiguan que Jesucristo es el hijo de Dios, y el Mesías prometido á sus padres.

Estos modelos debieron consultar los filósofos, mas como si Mahoma les hubiese inspirado su alma y su índole tiránico y fogoso, hubieran querido talar, destruir y aniquilarlo todo, y subyugarnos con el espanto y la fuerza. Y aun este tiene la ventaja sobre ellos de haber dejado subsistir alguna veneracion á Moises y á Jesucristo, pues conoció la necesidad de respetar los antiguos hábitos, y se penetró mejor que los novadores de nuestro siglo del verdadero



principio y movil de las disposiciones humanas. Así es que cuando alguno necesita persuadir é inclinar á otros á que le sigan en climas y regiones ignoradas y salvages, dictale la prudencia hacer esperar á los que se comprometen en la misma expedición, que hallarán todavía personas humanas, y aun algunos conocidos antiguos de su propia patria.

En esta razon se fundan los que no desesperando ver á la filosofía salir todavía victoriosa de los golpes mortales que ella misma se ha asestado, desean que los filósofos se desprendan de esa aspereza orgullosa y ceño caballeresco que los hace tan ridículos y aborrecibles. Conviene sobre todo que conciban con claridad, que calumniar la Religion y vomitar atrocidades contra sus ministros, ni es discurrir ni enseñar; sino añadir á

la prueba del delirio del entendimiento, la de la pequeñez y perversidad de su corazon; que el furor de las declamaciones y de las injurias suena muy mal, señaladamente en ciertos hombres, que se presumen tan precisos é importantes en la sociedad humana, que no pueden concebir que los reyes no recurran á ellos en el gobierno del mundo; que todo escritor que se respeta, debe imponerse silencio en cuanto ceda en descrédito del Cristianismo, porque es una ley del estado, y un detractor público de la religion de su nacion, es un ciudadano peligroso y punible; que debe respetarse el clero, porque la patria le honra; porque reconoce en su seno varones apreciables que han contribuido á su gloria; porque entre sus individuos admira los mas fieles súbditos de su príncipe, y los mas celo-



sos conservadores de los principios que aseguran la tranquilidad pública; y finalmente porque solo es propio de unos hombres inmorales, sin educación, infatuados y disolutos, hablar con ligereza de un ministerio público, y con vilipendio de las personas que le egercen.

Cuando los filósofos reconozcan esta injusticia, ó si así se quiere, salgan de este error tan funesto en sus consecuencias, aconsejadles, Señor Vizconde, que reparen el tiempo que han perdido en declamar contra la doctrina y las rentas del clero, y que cooperen con el mismo clero en sus fatigas, para lograr lo que indisputablemente es útil á los hombres y á la sociedad. Lo que ya está bien, debe confirmarse; y así se procede con buen consejo, y se alivia y simplifica el trabajo. ¿Puede darse una po-

litica mas falsa y mal entendida que abrazar siempre y preferir lo quimérico é impracticable? ¿que emprender la reforma de todos los sistemas? ¿que intentar torcer mas bien que cambiar el antiguo régimen de los gobiernos, y únicamente presentar ideas de trastorno y destruccion? ¿No es una filosofía mas sensata, grave y respetable no alterar, innovar ni menos destruir sino lo menos posible? ¿rectificar todas las cosas sin que parezca tocarlas? ¿hacer á los hombres mejores y mas felices, sin escitar conmociones violentas? ¿y por medio de resortes imperceptibles convertir al bien general los mismos defectos y vicios de la constitucion actual de las sociedades? Los obispos y sacerdotes, sean cuales fueren sus cualidades personales, enseñan una moral y predicán virtudes que todos los princi-



pes del mundo tendríanse por dichosos de verlas en toga en sus estados, interesando altamente á todos los pueblos de la tierra, que permanecieran grabadas en el corazón de sus reyes. ¿Por qué no se unen primero con los ministros de la Religión para inspirar á los hombres el amor de lo que es justo, honesto y útil? ¿Y por qué no juntan todos los anatemas de la razón, de la humanidad y del honor, á los que el Cristianismo fulmina contra el libertinage, intemperancia, insensibilidad, avaricia, egoismo y todos los vicios, que en el seno de los imperios son otros tantos gérmenes de depravacion y decadencia? ¿Bástales á unos hombres que arden en la apariencia en deseo de salvar á la humanidad y á la patria, declamar eternamente contra los abusos? Disertadores inútiles! aprove-

chad lo que hay de sano y razonable en la doctrina de ese clero, que execrais inexorablemente, sin que jamas haya causado ningun perjuicio á los hombres, y entonces os presentareis con mas decoro á reformarle, ya que absolutamente quereis la reforma; y le hallareis tambien mas dispuesto á respetar vuestras luces, á admirar vuestra sabiduría, y á someterse á vuestra censura, cuando le hubiereis honrado con vuestra aprobacion y estima en los puntos en que es irreprehensible, y en que verdaderamente ha servido á la humanidad.

Ah! ¿y os afrentareis de participar con los ministros de los altares del inestimable placer de hacer bien á vuestros semejantes, y de ilustrarlos acerca de sus verdaderos intereses? ¿Es generosidad desear la felicidad del mundo con la condicion de



qué vosotros habeis de ser los únicos que se la proporcioneis? ¿Creeis por ventura que el carácter de obispo y de sacerdote sea incompatible con el celo y las inclinaciones de un virtuoso ciudadano? Tended la vista por toda vuestra circunferencia, y decidme si no descubris en parte alguna las huellas, la atestacion de la capacidad del orden eclesiástico para el glorioso encargo de hacer bien á los hombres? Y entre todos esos monumentos inmortales y augustos de beneficencia, que veis erigidos por todas partes, ¿creeis que no se halle ninguno que la Religion pueda reivindicar como el fruto de su inspiracion, y que la miseria pública no deba á los sacerdotes? Oh! ¡cuán injusto seria pretender, que todos los recursos que subsisten para las necesidades de la porcion menesterosa y afligida de la

humanidad nos dimanen de la filosofia! la enfermedad, la vegez, la indigencia y la infancia, que hallan tantos asilos cómodos y seguros en el recinto de la inmensa capital, como hasta en el centro de las mas remotas provincias, á otros hombres y no á unos filósofos tienen que bendecir y reconocer como á sus bienhechores.